

Reseñas

Rafael Loyola (coord.), *Entre la guerra y la estabilidad política. El México de los cuarenta*, CONACULTA-Grijalbo, México, 1990 (colección Los Noventa).

EN ESTE LIBRO SE REFLEXIONA, analiza y describe una década poco estudiada por los historiadores, y que aún necesita ser revisada a fondo en todas sus especificidades. Los cuarenta fueron, sin duda, una década fundamental en la conformación del México contemporáneo, quizá porque representaron la consolidación del orden impuesto por una revolución, que pondría al país a la altura de los tiempos (época que coincidió con la segunda guerra mundial, en la que Estados Unidos refrendó su posición de primera potencia).

Como lo afirma el coordinador de la obra, los distintos trabajos se abocan al análisis de un decenio que representó la transición entre el “radicalismo reformista” producto de la posrevolución, y el afianzamiento del “conservadurismo” civilista y capitalista del alemanismo. El gobierno de Ávila camacho fue el impulsor de dicha transición, que influyó sobremanera en el curso del proyecto revolucionario, y creó las bases para la formación modernista que la nueva generación “revolucionaria” quería imprimir a la nación, en todas las esferas de la vida. La economía fue una prioridad fundamental, mientras que lo político y lo social pasaron a un segundo término. Si el cardenismo dividió y radicalizó a la sociedad, el avilacamachismo buscó la conciliación para enderezar las baterías hacia la consolidación del desarrollo económico mexicano, estancado por más de veinte años de conflictos político-sociales propios de las secuelas revolucionarias.

La obsesión por la modernidad a toda costa cobró impulso desde 1938. El surgimiento del avilacamachismo estuvo condicionado por la necesidad de la moderación, la conciliación y la unión de la “familia revolucionaria” dividida y radicalizada. Las elecciones de 1940 así lo demostraron, e hicieron patente que mientras perdurara el enfrentamiento entre comunistas, cardenistas, caciques y hombres fuertes, y conservadores, el Estado surgido de la Revolución fracasaría y conduciría al país al caos y la crisis sociopolítica. Era indispensable luchar contra un pasado tradicional que sobre todo obstaculizaba el que México se convirtiera en un país moderno y desarrollado. Según la presentación de Rafael Loyola, desde el Estado (y, más específicamente, desde el presidente) se siguió una estrategia de conciliación de intereses, grupos y tendencias, que condujera a la estabilización sociopolítica y que, a su vez, diera como resultado la creación de las condiciones indispensables para implantar el proyecto de desarrollo económico y modernización.

La llamada política de unidad nacional que sustentó Ávila Camacho desde la campaña presidencial, tuvo como objetivo primordial lograr la concordia entre los distintos grupos del oficialismo, así como de aquéllos que actuaban en la derecha o la izquierda. Las condiciones de guerra imperantes permitieron que dicha política encontrara la justificación plena, ya que México tenía que encontrarse unido, estable y pacífico frente al exterior. La verdadera razón, sin embargo, la deja plasmada Loyola en la presentación:

Las acciones emprendidas por el Estado en el momento de la guerra se orientaron a lograr la concreción de la concordia nacional, la cual se tradujo en la colaboración de los diversos segmentos sociales y políticos en torno de las medidas de defensa adoptadas por el gobierno; simultáneamente se manifestó la intencionalidad, entre obreros y patrones, de dirimir sus diferencias sin llegar a perturbar el clima de estabilidad política y social (p. 65).

La estrategia avilacamachista pronto dio frutos en la política, la sociedad, la economía y la cultura mexicanas. Quedó atrás, afirma Loyola, el reformismo, el radicalismo y el extremismo de los grupos contrarios (sinarquistas, grupos fascistas, comunistas, etcétera). Las consecuencias históricas se dieron de inmediato, pues el alemanismo conservador surgió con la “mesa puesta”, para un proyecto desarrollista, modernista y autoritario que incidiría profundamente en el país entero.

El alemanismo representó una época de cambios, en la que la sociedad mexicana entró a una fase desarrollista, cosmopolita y moderna en todas las expresiones. La transformación fue drástica, y atrás quedó el viejo y anquilosado México que detuvo la implantación del proyecto de desarrollo esbozado en la Carta Magna de 1917, y apoyado por el sector neoliberal conservador (el grupo civilista de los “cachorros revolucionarios”).

El volumen presentado por Loyola intenta dar una imagen general de los procesos políticos, sociales, económicos y culturales experimentados por la nación, durante los sexenios de Ávila Camacho y Miguel Alemán. Esta reflexión se establece en tres rubros principales: “política interna y guerra mundial” (en el que se analiza a la economía y las relaciones internacionales en momentos de guerra); “unidad nacional, reivindicaciones obreras y opción sindical” (en el que se pretende dar una visión de los problemas sociales, y la posición de algunos actores como los ferrocarrileros y los empresarios), y “los tópicos culturales” (en el que se analiza la expresión de la sociedad y los fenómenos socioculturales que se manifestaron en la década). Bajo estos tres rubros temáticos se ordenan los distintos ensayos que, cabe mencionarlo, fueron producto de un seminario realizado en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM en 1985.

El primer ensayo es de Martha Rivero, y se titula “La política económica durante la guerra”. Aquí se desmenuzan los principales ejes de esa política, empezando con unos breves antecedentes de ella bajo el cardenismo, ya que desde ese momento “México[...] se vio obligado a redefinir sus relaciones con el mercado mundial y reorientó su economía hacia el desarrollo industrial” (p. 13), como un efecto visible de las consecuencias que produjo la crisis de 1929. El año decisivo

de la política industrializadora, y ligada al mercado externo, fue 1938, cuando la reivindicación nacionalista no podía estar ajena a las relaciones económicas con el exterior, que servirían de soporte —posteriormente— para la industrialización del país.

La política económica cardenista se volvió, después de 1938, conciliatoria y favorable a los empresarios, y se inauguró la estrategia que implantó el avilacamachismo. Este propuso “(...) el desarrollo de la industrialización por medio del fortalecimiento del Estado en la economía, mismo que basaba gran parte de su poder en el apoyo que le brindaban los sectores populares frente a la burguesía” (p. 18). Pero lo más importante de esta estrategia fue la orientación a la política estadounidense, favorable a México por la situación de guerra. Ante ésta, las relaciones comerciales entre México y Estados Unidos se estrecharon y ampliaron, beneficiando al primero a principios del gobierno avilacamachista. Martha Rivero afirma que:

(...) pese al fuerte apoyo del Estado a la sustitución de importaciones, la demanda externa por productos mexicanos, especialmente la norteamericana, se convirtió en el principal acelerador de la industrialización (...) también la demanda interna, al no poder ser satisfecha (...) por importaciones, vino a ser cubierta con producción interna, lo cual significó el inicio de un proceso económico cualitativamente importante porque se continuaría después del conflicto bélico (p. 23).

El incremento de la producción ocasionó un crecimiento de la inversión, la ampliación del mercado interno y las bases para el desarrollo industrial. La política económica dio sus frutos de inmediato, y pronto se aprovechó para la industrialización, cuya primer propuesta fue que el Estado la procuraría por todos los medios (especialmente, en el rubro legal). La conciliación con los empresarios se impuso, para menguar cualquier tipo de oposición al intervencionismo estatal. Con la entrada de Estados Unidos y México a la guerra, entre 1941 y 1942, el proyecto industrializador cobró gran impulso, que se dio a marcha forzada, pues los vecinos del Norte requirieron de México que reforzara su estabilidad económica y que sirviera como abastecedor de la potencia en guerra.

La carestía de la vida, la poca planificación y la inexperiencia tecnológica fueron problemas inmediatos, que enfrentaron a la política económica con la realidad, por lo menos hasta 1945. Después de este año, el gobierno de Ávila Camacho tuvo que preparar el camino para que el país siguiera en la línea marcada por el contexto de la postguerra. Para ello, de acuerdo con Martha Rivero, se estableció un pacto obrero-industrial cuyo fin era la colaboración estrecha Estado-sociedad-capital, para llevar a cabo la “revolución industrial”, aprovechando los beneficios que brinda la relación con la potencia ganadora de la contienda, y el impulso económico que el país recibió del conflicto. Rivero concluye que el período 1938-1946 puede ser considerado, gracias a la política económica, “como el de una verdadera acumulación del capital que permitiría conducir la economía del país de una vez por todas hacia el desarrollo de la industria, objetivo al cual desde entonces se ha subordinado, entre otros, el crecimiento de la agricultura” (p. 47).

La política de sustitución de importaciones, y plenamente proteccionista que se desarrolló en períodos posteriores, fue estructurada y legalizada, según las apreciaciones de la autora, durante el gobierno de Ávila Camacho.

María Emilia Paz Salinas, por su lado, analiza el problema de la inserción de México en la “defensa hemisférica” durante este período. La segunda guerra mundial tuvo repercusiones directas en la política interna, lo que fue aprovechado por el presidente Ávila Camacho para resolver problemas con Estados Unidos, sobre todo la cuestión petrolera, y lograr todo un marco de cooperación para aprovecharlo en el proyecto de desarrollo económico. La intención de la autora es mostrar que la política exterior con los vecinos del Norte surgió desde 1938 en una modalidad conciliatoria que favorecería ampliamente al país. El contexto mundial fue el que permitió el acercamiento, la negociación y la conciliación con Estados Unidos, después de que las relaciones se habían endurecido por el nacionalismo y radicalismo posrevolucionarios. La muestra de esto fue la política de solidaridad hemisférica que la Casa Blanca estableció como una forma de prevenir y combatir al totalitarismo y su posible penetración global en América Latina.

La alianza de México–Estados Unidos se consolidó desde el momento en que Cárdenas (en 1939) permitió y aceptó el pacto de defensa hemisférica. Esto fue decisivo en el momento en que los estadounidenses solicitaron el apoyo de los países latinoamericanos, para lanzarse a la guerra contra el totalitarismo en Europa. En 1941 se estrechó la relación mexicano-estadunidense, especialmente, cuando el presidente Ávila Camacho firmó el tratado comercial mediante el cual el país prestaba una colaboración material con el esfuerzo bélico. El petróleo pasó a ser la materia prima principal, con la que los mexicanos colaborarían, una vez limadas las asperezas de la expropiación.

Además, el marco conciliatorio y colaborador de México se reforzó cuando el presidente declaró la guerra a las potencias del Eje, en mayo de 1942, ya que con esto el país se alineó con la política aliada, y reafirmó aquel pacto de defensa hemisférica. Paz Salinas deja de lado muchas cuestiones sobre la participación específica (material y militar) de México con el conflicto mundial, y la forma que tuvieron sus repercusiones inmediatas (en el período 1943-1945) en las relaciones México–Estados Unidos. La generalidad de este trabajo no permite una interpretación nueva, que enriqueciera el artículo de Martha Rivero ya reseñado. En este sentido, Blanca Torres retoma ese hilo conductor en el trabajo titulado “La guerra y la postguerra en las relaciones de México y Estados Unidos”, que aporta una visión global hasta fines de la década.

Según Blanca Torres, las relaciones entre ambos países (bajo el esquema de la conciliación) beneficiaron a México en lo económico y lo político. En el primer caso por el estímulo a la producción y el reforzamiento del mercado interno. En el segundo, porque el presidente utilizó la guerra para conseguir el apoyo a la política de unidad nacional, necesaria para la correlación de fuerzas internas. Para esta autora, el acercamiento en las relaciones fue determinante porque señaló el rumbo de la vida interna mexicana en la postguerra, es decir, en el alemanismo y aún después. Esta afirmación, sin embargo, no se comprueba del todo,

ya que se concluye que la influencia norteamericana siguió penetrando en todas las esferas de la vida interna, sin comprenderse sus mecanismos. Se entiende que el alemanismo quisiera la modernización y la democratización, pero no la forma en que Estados Unidos influía en esos planteamientos, que más obedecieron a un proyecto capitalista autoritario que asumió el Estado mexicano, y que ya se encontraba presente después de la Revolución. Las relaciones con Estados Unidos, sin embargo, sí permitieron que el país se beneficiara con la implantación del modelo de desarrollo económico, no así en la conformación y mecanismos del sistema político, cuyas particularidades autoritarias surgieron por la obsesión de la estabilidad sociopolítica.

A pesar de las generalidades, Blanca Torres logra complementar los artículos que le preceden, y mostrar en definitiva el alineamiento de México en la postguerra, al lado de las potencias victoriosas, así como los beneficios que obtuvo especialmente en lo económico, bajo el gobierno alemanista. Con este trabajo se concluye la primera parte del libro.

La segunda parte se inicia con un texto de Aurora Loyo, quien realiza el análisis histórico de la Confederación Proletaria Nacional, la cual intenta arrebatar la hegemonía a la organización obrera oficial encarnada en la Confederación de Trabajadores de México (CTM), desde 1941. Para la autora, en el análisis de aquella Confederación se ven claramente:

las formas concretas (...) de impugnación [que] reflejan el nivel organizativo y de conciencia, el grado de heterogeneidad de las agrupaciones que concurrieron a la fundación de la Proletaria, pero también son elocuentes respecto a la índole de las prácticas que ya entonces tenían que encarar los trabajadores cuyos sindicatos y federaciones pertenecían a la CTM.(p.85)

Esta dualidad es el objetivo del análisis de la autora. Inicia con la descripción de los antecedentes de la Confederación Proletaria, que se localizan en junio de 1941 con la formación del Bloque de Defensa Proletaria, opuesto a la CTM y al líder Lombardo Toledano, para luego revisar las posiciones asumidas por esta organización oficial frente a la oposición. En seguida, pasa al análisis de la fundación, actores principales, propuestas y estructuras de la nueva Confederación, que alcanzó gran importancia por el número de militares y acciones que, en determinado momento, resquebrajaron la dirigencia cetemista, a cargo ya de Fidel Velázquez.

La existencia de la Confederación Proletaria sólo duró hasta 1945, cuando se desintegró por los conflictos internos y la fuerza oficial de la CTM, que se adecuaba a las necesidades gubernamentales de la postguerra. Uno de los sectores más importantes de la Confederación opositora fueron los mineros, pero no se logró aglutinar a más sectores descontentos con el cetemismo, de ahí su fracaso en el momento en que la CTM reafirmó su hegemonía, que desde el cardenismo poseía en el sistema político.

Este artículo de Aurora Loyo reseña con claridad la historia de una organización obrera casi desconocida, así como las fracturas y conflictos obreros en plena época de transición entre el radicalismo y el conservadurismo.

Ricardo Pozas Horcasitas se encarga del análisis de la fundación del Seguro Social Mexicano, que entre 1943 y 1944 se convirtió en una realidad para los trabajadores. Las condiciones históricas fueron propicias:

El gobierno del general Manuel Ávila Camacho fue el momento oportuno en el período adecuado. Su "prudente" obrerismo, aunado al auge económico (estimulado por la Segunda Guerra Mundial), creaba el clima propicio para que los patrones "hicieran su sacrificio" y se negociara su participación en esta magna obra de la Revolución mexicana. Este triunfo no aparecerá como un "triunfo proletario", sino como una evidencia más de la "conciliación de clases", cobijada al abrigo de la unidad nacional. (p. 110)

El autor hace la enumeración de los intentos legales por establecer el Seguro Social hasta su incorporación en el Segundo Plan Sexenal y cuando se establecen las comisiones para la redacción de la Ley, que fue aprobada por el Senado en enero de 1943. Este momento fue decisivo para el inicio de las operaciones del Seguro Social, como la institución que se encargaría de la salud de todos los trabajadores del país. Las reacciones fueron muchas y variadas, unas a favor y otras en contra, pero la medida fue la "(...) expresión de la política modernizadora de las relaciones entre el capital y el trabajo, al mismo tiempo que expresión del compromiso popular del grupo gobernante" (p. 135). Así lo demuestra la amplia documentación utilizada por el autor.

El coordinador de este volumen presenta también un ensayo que analiza el conflicto laboral en el ramo ferroviario, que surge con la modernización de los ferrocarriles durante el avilacamachismo, y que perdura todo ese sexenio. El sector ferrocarrilero se encontraba dividido y afectado por la administración que prevalecía desde el cardenismo; el presidente Ávila Camacho trató de modificar dicha administración para mejorar las relaciones laborales y lograr la modernización de la empresa. Entre los factores que influyeron en esta decisión figuraba la necesidad de reestructurar la empresa por las necesidades de la guerra. Se realizó una política de conciliación con los obreros para que éstos permitieran la modificación de la administración y la consiguiente modernización de la empresa, necesaria por la importancia estratégica de los ferrocarriles en la economía.

Según Loyola, el sector ferroviario fue uno de los que se beneficiaron de inmediato con la situación de guerra y la alianza con Estados Unidos. El autor señala que desde fines de 1942, la administración ferroviaria estadounidense ofreció ayuda directa para mejorar los ferrocarriles mexicanos, dado su papel en el sistema económico nacional. Ávila Camacho aceptó la colaboración y en seguida se hicieron inversiones. Para lograr esto sin conflictos el presidente hizo intervenir al sindicato, ocasionando un serio conflicto intergremial que, a pesar de todo, no pudo detener la modernización.

La negociación política avilacamachista se impuso en el conflicto ferrocarrilero, que alcanzó niveles peligrosos para las necesidades gubernamentales. Los grupos disidentes quedaron neutralizados, y el Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros de la República Mexicana colaboró activamente con el gobierno para controlar a los trabajadores sin afectar la estabilidad, necesaria para la modernización. Para

1946, parte de los ferrocarriles se encontraban rehabilitados, de acuerdo con los requerimientos modernizadores, por encima de los radicalismos del gremio (impulsados durante el cardenismo). La efervescencia social ferrocarrilera, sin embargo, no desapareció en todo el sexenio.

En seguida, Víctor Manuel Durand Ponte presenta un trabajo que analiza “la descomposición política del lombardismo”, tan influyente durante el radicalismo cardenista. Durante los cuarenta, Lombardo Toledano se constituyó, según la apreciación del autor, en un “luchador y organizador incansable”. La oposición al gobierno y sus tendencias “antipopulares, antinacionalistas y antidemocráticas”, se concretó en una línea de pensamiento que daba continuidad al cardenismo, expresión inacabada (según Durand, con cuya afirmación no estoy de acuerdo) de desarrollo nacional, consolidación de la economía autónoma (no sé si sea un sinónimo de independencia y nacionalismo), democracia y justicia social (que de ninguna manera se lograron en el cardenismo).

El objetivo del ensayo es dar cuenta de la evolución del pensamiento lombardista en los cuarenta. Más que un análisis parece apología del dirigente:

(...) lo que nos parece más relevante del pensamiento lombardista en los cuarenta, su actuación y derrota como hombre de acción, como dirigente; mostrar sucintamente las contradicciones en que se metió [no se aclara de qué tipo] y finalmente su herencia dentro de las fuerzas sociales (p. 165)

Durand logra sin embargo resumir con precisión los principios del pensamiento político que Lombardo Toledano siguió a lo largo de la década, especialmente enunciados en un proyecto de carácter reformista, que se basó en la idea de la unidad nacional para acabar con el atraso y el tradicionalismo mexicanos en todos los órdenes. Este proyecto quedó plasmado en el Partido Popular, que Lombardo fundó en la década. Las concepciones populistas, antifascistas y panamericanas fueron la base del pensamiento lombardista, y marcaron su labor como líder sindical y dirigente político latinoamericano de primera magnitud, ya sea dentro de la CTM, la OTAL o el partido por él fundado. Durand reconoce el oportunismo de Lombardo, y sus muy frecuentes contradicciones ideológicas, como un síntoma del declive de una tendencia que no encajó en los signos modernizadores de los tiempos, lo que me parece un acierto de la interpretación.

El autor describe las actividades lombardistas hasta 1949, especialmente en lo que se refiere a la acción política, a la crítica contra los adversarios (sinarquistas, comunistas, fascistas, priístas), y a las posiciones frente al gobierno alemanista. Las elecciones de aquel año dieron al traste con el Partido Popular y el proyecto lombardista, aunque durante toda la década el dirigente tuvo una importante influencia en el curso del movimiento obrero, por lo que su “legado” histórico no se puede negar, concluye el apartado de la “Unidad nacional, reivindicaciones obreras y opción sindical”. Siguen inmediatamente dos ensayos dedicados a los sectores productivos de los años cuarenta. El primero, de Ricardo Tirado, titulado “La alianza con los empresarios”, empieza por describir el ambiente anticardenista que prevalecía en esa época y que se sintió plenamente en el proceso electoral de 1910,

en el que los empresarios se definieron políticamente por el candidato Almazán (específicamente los empresarios regiomontanos). En seguida, Tirado expone la conformación de las distintas facciones empresariales, que eran básicamente los “norteños” o “duros” y la de los “centrales” o “moderados”. Los primeros eran los más combativos, estaban organizados en la COPARMEX, la CONCANA-COMIN y el PAN, y eran extremadamente opuestos al cardenismo y reformismo radical. Los otros pertenecían al grupo empresarial del Valle de México, desarrollado desde la década de los veinte, y acostumbrado a ser el protegido del gobierno. Estos se encontraban organizados en la CONCAMIN y aglutinados en empresas de servicios, petróleo, minas y manufacturas.

Inaugurado el avilacamachismo, los empresarios duros rechazaron la política conciliatoria del presidente, mientras que el otro grupo demandó siempre la protección del gobierno. El contexto de la época, señala Tirado,

(...) y el estrechamiento de vínculos con nuestro “aliado” del norte tendrían el efecto global de producir un cambio más profundo aun en la correlación de fuerzas en favor del empresariado y un corrimiento general hacia la derecha de todos los espacios ideológicos-culturales y del espectro de las fuerzas políticas nacionales. (203)

Ya en 1945, surgió otra fracción organizada en la CANACINTRA que se enmarcó en la estrategia de la alianza nacionalista de postguerra, y cuyas posiciones nacionalistas y antimperialistas la convirtió en otro grupo con fuerza política. Para 1946, los empresarios unidos en esta organización se opusieron a la alianza nacionalista y al Pacto Obrero-Industrial, entrando a una fase de enfrentamiento con el gobierno, sin contar a los grupos opositores que se aglutinaban en torno al PAN y la Unión Nacional Sinarquista (UNS).

El análisis de Tirado abarca asimismo el período alemanista, durante el cual se concerta una nueva alianza Estado-empresarios. Las facciones se unieron en torno a tres cuestiones: el proteccionismo, las inversiones extranjeras y la intervención del Estado en la economía. Las organizaciones empresariales coincidieron con el gobierno en esos tres aspectos, fundamentales para la modernización del país. Tirado concluye que: “(...) a principios de la década de los cincuenta, es patente, (...) una alta cohesión en el bloque de clases dominantes que integran la burocracia política, las facciones políticas empresariales central y norteña y las fracciones de capital industrial, comercial y bancario”. (p. 221)

En el segundo texto de esta sección John Heath realiza un análisis económico del abasto alimentario en la economía de guerra mexicana. Considera que éste es un problema clave para la industrialización, debido al aumento demográfico y a la concentración urbana. El producto agropecuario tuvo un papel decisivo, en toda la década, sobre el crecimiento industrial. El análisis económico del autor se funda en ciertos indicadores, como son los precios y las importaciones, y los niveles de producción y distribución agropecuaria. Es en este último rubro en el que se dio el problema de abasto alimentario, que nunca cubrió la demanda efectiva de amplios sectores de la población, concentrados en los principales centros en

industrialización. El autor se apoya en amplia información estadística para sus conclusiones.

La última parte del volumen se dedica al aspecto sociocultural en los años cuarenta. Inicia Carlos Monsiváis con un trabajo, que da cuenta de las principales características de una sociedad que se debatía entre el tradicionalismo y la modernidad, y cuyas manifestaciones culturales, su simbología, vida cotidiana y mentalidad, imprimieron un sello especial a la década. Monsiváis enumera desde las manifestaciones políticas y económicas hasta las filosóficas y literarias de la sociedad mexicana en el curso de la década, siempre convulsionada por los vientos de una modernidad para la que no estaba preparada.

Monsiváis concluye que los cuarenta fueron "(...) los años del Desmadre Reverente que se corresponde con la Revolución Institucional" (p. 278) y agrega:

Para quienes ascienden en la sociedad y en la política, los cuarentas ofrecen de todo: responsabilidad, dinero, diversiones permitidas y prohibidas, roce con las celebridades, avizoramientos en sitios privilegiados de la cultura urbana, desprendimiento (sin dolor) de las tradiciones. Se fortalece el Estado, esplende el sector privado, se extiende en retratos generacionales la gran Familia Revolucionaria. Un mundo al parecer dinámico y autosuficiente, que aborda, con distintos resultados literarios (...) (p. 279).

El ensayo de Sara Sefchovich aborda la evolución de la filosofía y la literatura, cuyas tendencias las define como "la hora de los catrines". El recuento literario empieza con *Nueva burguesía* de Mariano Azuela, recorriendo la simbología plasmada en José Revueltas, Jesús Silva Herzog, José Luis Martínez, Agustín Yañez, Rafael Solana, Luis Spota, Octavio Paz, Juan José Arreola y Efrén Hernández, en el caso de la literatura, y en Samuel Ramos, Emilio Uranga, Leopoldo Zea, José Gaos, Daniel Cosío Villegas y el propio Octavio Paz, en la filosofía.

El análisis de la novela, el cuento, la poesía, el teatro y el ensayo, lleva a la autora a una interpretación que da cuenta del carácter modernista y burgués que adquirió la sociedad y la cultura mexicana. Según Sefchovich, se pasó "de las batallas y caudillos a los catrines y políticos" (p. 291), como símbolos de una sociedad en proceso de transformación:

Han triunfado los catrines en la realidad y en la literatura. El país marcha por la vía de la modernidad y atrás quedan los indígenas, los campesinos, las leyendas, los pueblos y hasta la Revolución. (p. 319)

Guillermo Boils analiza la arquitectura y la producción del espacio social, que básicamente se concentra en el tipo de urbanización modernista que adquirió el Distrito Federal durante los años cuarenta, en muchos casos impulsada por el Estado y así como por arquitectos con ideas y teorías modernistas traídas del extranjero.

La vivienda multifamiliar, la construcción de escuelas y hospitales y de oficinas gubernamentales, adoptaron un nuevo concepto, más adecuado a la concentración demográfica y a las necesidades del Estado. La arquitectura se vio favorecida, así como también personajes como Mario Pani, Enrique del Moral, Enrique

Yáñez y José Villagrán García, que se hicieron célebres con sus diseños arquitectónicos. Boils concluye que "(...) la modernización del país se corresponde con la modernización de sus espacios, los que hacia los cuarenta habrían de ser concebidos y materializados con recursos relativamente abundantes y actitudes favorables al cambio". (p. 338)

Termina la sección de cultura un trabajo de Carlos Martínez Assad acerca del cine como una expresión social, que reflejaba fielmente la mentalidad de los cuarenta. Contextualiza la modernidad sociopolítica y los cambios que se dieron con respecto al cardenismo, constantes que determinaron el comportamiento de una sociedad que aún era tradicional y apegada a costumbres añejas.

Más adelante, Martínez Assad describe la composición de la industria cinematográfica, copia mexicana del cine hollywoodense, pues se hizo eco a la ideología nacional del cambio hacia la modernidad. El auge se refleja en la cantidad de películas producidas: 38 en 1940 y 107 en 1949, y en el incremento impresionante de las celebridades artísticas, y de los productores. En esta época se creó el Banco Cinematográfico, en abril de 1942.

Pese a los apoyos de Ávila Camacho, fue durante el sexenio alemanista cuando el cine se estableció como una industria importantísima. El autor hace una revisión amplia, pero concisa, del cine político, social e histórico realizado en el gobierno de Ávila Camacho e interpreta los significados y símbolos de importantes cintas. Enseguida enumera a las personalidades que más destacaron, como María Félix, Dolores del Río, Juan Bustillo Oro, Fernando de Fuentes, Miguel Zacarías, el *Indio* Fernández, Jorge Negrete, Pedro Armendariz, Fernando Soler, Joaquín Pardavé y algunos más, en cuyas películas se crearon los estereotipos sociales y los comportamientos propios de una sociedad que cambiaba entre la tradición y la modernidad. Esto se enlaza con el análisis de los géneros cinematográficos más exitosos, que abarcan desde el amor provinciano hasta los graves problemas urbanos, de las abuelitas a las crisis familiares, de los problemas burgueses hasta los avatares de los pobres, y de los recuerdos de don Porfirio hasta la participación de México en la guerra.

El volumen cierra con una bibliografía selecta de la época, realizada por Efraín Pérez Espino, que incluye desde testimonios e investigaciones hasta hemerografía. Quizás en esta parte faltó incluir un listado de los archivos y acervos documentales, que fomente el interés por la consulta y la investigación.

En su conjunto, el libro coordinado por Rafael Loyola cumple con el objetivo anunciado de reflexión y análisis de la década de los cuarenta, y se logra el equilibrio entre sociedad, política, economía y cultura, dando una visión global de la historia, de esa década fundamental en la vida contemporánea mexicana.